

# Las afinidades electivas

## Notas sobre mercado matrimonial y pulsión romántica\*

CARLOS VIRGILIO ZURITA\*\*

*Con el número Dos nace la pena.*

Leopoldo Marechal

Estas líneas sugieren algunas perspectivas desde las que sería posible intentar una incursión sociológica sobre el amor.

Aunque no se trate de una temática frecuente en la agenda académica, la licitud de que la sociología se adentre en los territorios de la intimidad viene de lejos. Debe recordarse que, en términos estrictos, la primera y definitiva sustentación empírica de la sociología como ciencia provino de un arriesgado autodesafío, de un sorprendente *tour de force*, ya que no otra cosa implicó el que Durkheim, en su célebre estudio aparecido en 1897, tomara como centro de análisis al más recóndito y solitario de los actos privados: el suicidio.

La noción de amor a la que apelamos es la que surge de la experiencia personal (y también de paradigmas literarios), y siempre resultará necesariamente amplia, esquiva y polisémica.<sup>1</sup>

Siendo como es el amor, una dimensión fundante de la acción social, y siendo la sociología una disciplina que analiza conductas y significaciones de conductas, acontece que el amor<sup>2</sup> normalmente no suele perfilarse como objeto específico de indagación, y más bien se desvanece o fragmenta, que es lo mismo, en múltiples tópicos académicos, entre otros, la familia, el matrimonio, la pareja, la sociabilidad, el erotismo o la sexualidad, cuando no permanece encubierto bajo categorías antropológicas y a veces demográficas, como v.g. las relaciones de parentesco.<sup>3</sup>

### Con los ojos vendados

Se suele postular que el amor, el impulso amoroso, no constituye sino la manifestación *cultural* del instinto hacia la perpetuación de la especie, y que tal impulso resulta tan desbordante que no vacila

\* Agradezco el estímulo de Marina Farinetti para escribir este texto y los comentarios de Floreal Forni, Alberto Tasso, José Andrés Rivas y Matías Donoso.

\*\* Sociólogo. Docente en la Universidad Nacional de Santiago del Estero. Profesor visitante en El Colegio de México.

<sup>1</sup> Acerca de cuestiones definicionales sobre el amor se pueden consultar tanto los vislumbres líricos de Quevedo (*Es hielo abrasador, es fuego helado...*), como, entre otros, a los textos de Simmel, Ortega, Barthes y Baudrillard que citamos más abajo.

<sup>2</sup> Se podría decir: la energía amorosa o la pulsión amoratoria.

<sup>3</sup> Inclusive dentro de los abordajes analíticos predominan ciertas visiones “institucionalistas” y “homofóbicas”.

en traspasar obstáculos y barreras para lograr consumarse. La consagración litúrgica de esta creencia en la pasión extremada se verificó en la lírica romántica del siglo XIX, pero continúa teniendo vigencia.

<sup>4</sup> El católico Chesterton afirmó que “El amor no es ciego y cuanto más amor, menos lo es”, en tanto que el marxista Pavese elaboró una de las obras poéticas más resplandecientes del siglo XX destinada a mostrar que “El amor es conocimiento”.

<sup>5</sup> *Invitation to Sociology*, Anchor Books, 1971.

Contra esta imagen del amor —la de una deidad que como la justicia posee los ojos vendados—, se levantaron voces provenientes de la literatura, como las de Chesterton o Pavese<sup>4</sup>, pero sobre todo cuestionamientos originados en las ciencias sociales. Los recaudos, en el caso de la sociología, se sustentan en el hecho de que quizás el único auténtico axioma que posea y que fuera expuesto por Peter Berger<sup>5</sup> —“El principio que debe guiar la tarea del sociólogo es saber que las cosas no son lo que parecen”— constituye una firme recomendación a retomar permanentemente la *misión*, para llamarla de algún modo, encomendada implícitamente por Marx y explícitamente por Weber y Simmel, de develación, esto es, de desencantamiento de la vida social.

## Mercado matrimonial o amor romántico

La pregunta “de quién y porqué uno se enamora” parece ser un interrogante para ser respondido por la psicología o la literatura, por Freud, Stendhal o Flaubert. En cambio, las preguntas de “quién se casa con quién, o quién convive con quién” ya parecen ser maleables al tratamiento sociológico. El primer interrogante (la efusión amorosa) se centra en el individuo, en tanto que el segundo (la construcción de la pareja) en el actor social.

Entre los sociólogos clásicos, probablemente en virtud del carácter más abierto y ensayístico de su obra y seguramente por su percepción no global sino microscópica de las relaciones sociales, quien más se detuvo a prestar atención a nuestro tema de interés fue Georg Simmel. Señala que el amor pertenece a las grandes categorías configuradoras de lo existente, pero que debe reconocerse que “el efecto amoroso disloca y falsea innumerables veces la imagen, reconocible como objetiva, de su objeto y en cualquier caso en tanto que es reconocido como *configurador*”.<sup>6</sup>

Luego del trabajo pionero emprendido por Gino Germani hacia 1950, los dos grandes esfuerzos empíricos sobre la estructura social de la Argentina fueron los realizados por Susana Torrado<sup>7</sup> y Jorge Raúl Jorrat<sup>8</sup>. Para el caso nos interesa particularmente este último.

<sup>6</sup> Georg Simmel, “Fragmento sobre el amor”, en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Península, Barcelona, 1986.

<sup>7</sup> Susana Torrado, *Estructura social de la Argentina*, ed. De la Flor, 1995.

<sup>8</sup> Jorrat, Jorge Raúl, *Estratificación Social y Movilidad. Un estudio del área metropolitana de Buenos Aires*. Eudet, Universidad Nacional de Tucumán, 2001.

Jorrat señala que para mensurar el grado de apertura de una sociedad no sólo hay que tomar en cuenta la movilidad ocupacional y educativa —que él analiza exhaustivamente—, sino también la movilidad que pueda provenir del establecimiento de lazos de pareja y/o conubio entre personas provenientes de diferentes estratos sociales.

Así, el autor plantea de un modo sistemático y explícito la cuestión del mercado matrimonial, y lo hace articulándolo con el sistema de estratificación. El matrimonio crea un lazo íntimo no sólo entre personas, sino también entre sus familias, y una sociedad en la que se verifican muchos matrimonios entre personas pertenecientes a distintas clases puede ser considerada como una sociedad más transparente que una en la que ocurren pocos matrimonios mixtos<sup>9</sup>.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pág. 37.

Los análisis sobre las condiciones de la formación de parejas reconocen que en el proceso de selección puede intervenir una “homogamia cultural” (que implica, también, componentes educativos) y una “homogamia económica”, y que el proceso de apareamiento y/o conubio se orienta por estrategias que pueden privilegiar tanto las “semejanzas”<sup>10</sup> como las “diferencias”. De acuerdo con las primeras, las potenciales parejas buscan alguien de su mismo status, y según las segundas buscan alguien de un status superior: en general, las primeras enfatizan en lo cultural y las segundas en lo económico.

<sup>10</sup> Di Maggio, Paul y John Mohr, “Cultural Capital, Educational Attainment and Marital Selection”, en *American Journal of Sociology*, 90, 1985. Citado por Jorrat.

La hipótesis de la semejanza se sustenta en que la similitud (homogamia) cultural en relaciones de largo plazo “asegura una base común de conversación, provee confirmación de las propias normas y valores, y reduce la fricción que dentro del matrimonio puede surgir por diferencias de gusto”<sup>11</sup>. En tanto que la hipótesis de la competencia está gobernada por los beneficios de compartir los recursos económicos que la pareja aporta al matrimonio.

<sup>11</sup> Esta curiosa, pero penetrante y sabia, descripción de la cotidianidad en el matrimonio homogámico es realizada por Matthijs Kalmijn, “Assortative Mating by Cultural and Economic Occupational Status”, en *American Journal of Sociology*, 100, 1994. Citado por Jorrat.

Jorrat añade un dato en cierta medida reconfortante: la homogamia disminuye con el incremento del desarrollo económico de los países, y los altos grados de industrialización resultan más propicios para el *amor romántico*, puesto que “el lujo del amor romántico puede resultar factible cuando decrece la necesidad de los padres de controlar las elecciones matrimoniales de sus hijos, decrece la habilidad de los padres para hacerlo y se incrementan los contactos entre personas de diferentes estratos sociales”<sup>12</sup>.

<sup>12</sup> Jeroen Smits, “Educational Homogamy in 65 countries”, *AJS*, 63, 1998.

En las etapas más elevadas de desarrollo económico, con ingresos y salarios más altos y un sistema de seguridad bien establecido, don-

de disminuye la dependencia entre padres e hijos, ganará importancia el amor romántico y puede esperarse que la homogamia decrezca.

La asociación entre modernidad y amor romántico que Jorrot suscita con evidencia empírica y con la apelación a desarrollos recientes de la sociología norteamericana, en cierto modo ya había sido advertida por Simmel, particularmente en sus indagaciones sobre las nuevas formas de sociabilidad y sobre el desvanecimiento y reconstitución de los lazos sociales que tienen lugar con el acceso a la “vida metropolitana”.<sup>13</sup>

### Escrituras sobre el amor

Tenemos la sensación de que en Argentina no se encuentran suficientemente desarrolladas o difundidas perspectivas analíticas centradas en la *sociología y antropología de las emociones* como las realizadas, v.g., por David Le Breton<sup>14</sup> o Vincent Crapanzano<sup>15</sup>. Aunque se pueden encontrar sugestivas referencias (encuadradas en los rubros de *formas de sociabilidad, constitución de lazos sociales*, etc.) en, por ejemplo, Murmis y Feldman<sup>16</sup>, Auyero<sup>17</sup>, Torrado<sup>18</sup> y Sautu<sup>19</sup>, y recientemente hemos tenido acceso a tres reveladores aportes de Rodríguez<sup>20</sup> sobre el connubio, de Surracu<sup>21</sup> acerca de lazos primarios y sentimentales entre piqueteros, y de Adrián Melo<sup>22</sup> sobre el amor gay en las narrativas de Argentina y Brasil.

Para emprender el tratamiento de la cuestión amorosa desde una perspectiva sociológica se debería convocar a una diversidad de aportes empíricos y encuadres doctrinarios, tanto los provenientes de un economista neoclásico como Gary Becker (sus temas incluyen la formación de parejas, el divorcio, el número de hijos...), de un historiador neomarxista como E. P. Thompson o de semiólogos y filósofos estructuralistas como Barthes y Baudrillard.

Fuentes inagotables pueden ser proporcionadas por la literatura. Robert Nisbet<sup>23</sup> formuló la más persuasiva argumentación para considerar la sociología como una forma de arte y, en nuestra medida, hemos procurado sugerir que la sociología es, en el fondo, un género literario.<sup>24</sup>

Pero consideramos que para incursionar en la temática siempre resulta recomendable la relectura de aportes ya clásicos, y permanentemente sugestivos, que pueden ir desde *El Banquete* de Platón hasta *Fragmentos de un discurso amoroso* de Barthes, sin prescindir,

<sup>13</sup> G. Simmel, “The Metropolis and Mental Life”, en *Sociological perspectives*, K. Thompson y J. Tunstall (comp.), Penguin, 1975.

<sup>14</sup> David Le Breton, *Pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*, Nueva Visión, 1999.

<sup>15</sup> Vincent Crapanzano, “Réflexion sur une anthropologie des émotions”, *Terrain* n° 22, 1994.

<sup>16</sup> Miguel Murmis y Silvio Feldman, “Formas de sociabilidad y lazos sociales”, en *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*; UNGS, Biblos, 2000.

<sup>17</sup> Javier Auyero, *Poor People's Politics*, Duke University Press, 2000.

<sup>18</sup> Susana Torrado, *Familia y diferenciación social*, EUDEBA, 1998.

<sup>19</sup> Ruth Sautu, “Sobre la estructura de clases sociales”, en *Ideologías políticas y ciencias sociales*, J.C. Agulla (comp.) Academia de Ciencias Sociales, 1996

<sup>20</sup> Santiago Rodríguez, *Conformación y reproducción de las relaciones de clase: Connubium, ámbitos de sociabilidad y creación de lazos sociales*, IGG, UBA, Conicet, 2006.

<sup>21</sup> Leonardo Surracu, *Formas de sociabilidad y participación en movimientos sociales. La incidencia de lazos primarios y afectos entre el Movimiento Barrios de Pie*, IGG, UBA, Conicet, 2006.

<sup>22</sup> Adrián Melo, *Literatura y representaciones sociales: la homosexualidad masculina en la ficción literaria de las sociedades argentina y brasileña contemporáneas*, UBA, Conicet, 2006.

<sup>23</sup> Robert Nisbet, *La sociología como una forma de arte*. Cátedra, 1992.

<sup>24</sup> Carlos Zurita, “El bloqueo de la página en blanco. Notas sobre la sociología como género literario”, en *Sociología del Trabajo*, 55, Universidad Complutense de Madrid, 2005.

por ejemplo, del *Diario de un seductor* de Kierkegaard y los *Estudios sobre el amor* de Ortega. Y reflexiones iluminadoras pueden encontrarse en *La fisiología del matrimonio* de Balzac y en *Sobre el amor* de Sthendal.

En lo estrictamente literario el yacimiento resulta tan vasto que preferimos concentrar nuestras sugerencias en un subgénero, el de las novelas de iniciación y aprendizaje (*Bildungsroman*), donde se muestra la formación de un carácter, el desarrollo de un perfil espiritual—sobre todo amatorio—de personajes tan prototípicos y verosímiles como los que aparecen en *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* de Goethe, *La educación sentimental* de Flaubert, *La infancia de un jefe* de Sartre y *El cazador oculto* de Salinger.

El caso de Argentina presenta ciertas singularidades. Aunque escasos, se pueden mencionar aportes novelísticos en la temática de la iniciación y que transcurren en los tres países que integran la nación literaria argentina: Buenos Aires (*El juguete rabioso* de Arlt), la pampa húmeda (*Don Segundo Sombra* de Guiraldes) y el interior (*Shunko* de Jorge W. Abalos). Pero, en rigor, ni el aprendizaje sentimental, ni en términos generales, el amor, han sido centros de interés de la narrativa argentina. Por diversas razones, y a diferencia de lo que acontece por ejemplo, en Colombia, Perú o México, pareciera que el énfasis se hubiera depositado en la temática de la “identidad”, cuya búsqueda muchas veces se realiza en clave policial (v.g. Piglia). Y en materia de sentimientos, la amistad parece ser más reverenciada que el amor. En este y en otros sentidos, Juan Carlos Onetti y Andrés Rivera han resaltado las profundas diferencias de la novelística argentina (y rioplatense) con la de la mayoría de los países latinoamericanos.<sup>25</sup> Asimismo, resulta claro en la Argentina el predominio de cierto tipo de construcciones experimentales, cuyo más conocido—pero no mejor—ejemplo es *Rayuela* de Cortázar, y de lo que se conoce como “literaturas de segundo grado” (escrituras sobre la escritura, el narrador como objeto narrativo) que en Borges es quintaesencia y que tiene claros exponentes en Macedonio Fernández, Enrique Anderson Imbert y Ricardo Piglia.

De todos modos, son, sin duda, los poetas quienes parecen ser dueños de las claves para el acceso al conocimiento más íntimo y más trascendente del amor (en términos de jerga sociológica, diríamos que son quienes mejor expresan el sentido personal e intersubjetivo del amor). Entre tantas posibilidades ilustrativas, elegimos una, la del sevillano Luis Cernuda<sup>26</sup>, que en el fragmento

<sup>25</sup> En un testimonio personal, Andrés Rivera nos señaló que muchas de las virtudes y fortalezas de la narrativa argentina se deben, entre otras razones, a que “Gracias a Dios, aquí no tuvimos realismo mágico”.

<sup>26</sup> Cernuda, republicano español exiliado, reunió su obra en un libro cuyo título parece un compendio de los enigmas analíticos de la sociología del conocimiento: *La realidad y el deseo*.

final de su poema *Si el hombre pudiera decir lo que ama*, dice (por muchos de nosotros):

Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en alguien  
cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío;  
alguien por quien me olvido de esta existencia mezquina,  
por quien el día y la noche son para mí lo que quiera,  
y mi cuerpo y espíritu flotan en su cuerpo y espíritu  
como leños perdidos que el mar anega o levanta  
libremente, con la libertad del amor,  
la única libertad que me exalta,  
la única libertad por que muero.  
Tú justificas mi existencia:  
si no te conozco, no he vivido;  
si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido.

## Dimensiones del sentir

Aunque hoy en día la noción (el vocablo) amor atraviesa todas las capas sociales, los discursos y las prácticas amorosas parecen muy influidos por el *lugar* social en que se formula o se actúa. Al interior de esos lugares —o zonas de significación— las reglas del amor son tan específicas y prescriptivas como las recomendaciones de un manual de funcionamiento de un aparato electrónico, pero a menudo no resultan tan pasibles de observar.

El amor es un modo de sentir, el modo de sentir por excelencia. Pero en los ámbitos de la interacción cotidiana el sentido del amor es bastante inespecífico, y de hecho se aplica a casi todo, desde Dios, la patria, la naturaleza, las instituciones, las amistades, las parejas, los hijos, y también a toda forma de acción social, en tanto puede ser postulado como preferible a partir del sentimiento del sujeto, antes que por cualquier otra razón.

Si es que resulta posible hablar del amor a los libros, la música clásica, los gatos o los días nublados, no es menos cierto que semejante amplitud de comprensión confunde los significados específicos del amor con los generales.

Pero su territorio propio es, sin duda, *uno mismo*, en tanto puede descubrir en sí, un sentimiento ¿catártico? dirigido hacia *otro*.

En cualquier caso el acto de amor, contra todo lo que puede decirse, no parece incompatible con el razonamiento, el gusto y las reglas de clase.

Lo que más sorprende en el amor es lo que le falta. A pesar de quienes lo han intentado, no posee una didáctica eficaz para propagarlo.

## Títulos, epígrafes y geometrías

El título de estas notas fue tomado de la novela de Goethe *Las afinidades electivas* donde se muestran las superposiciones entre las fantasías y la realidad en una pareja que se ama y se desconoce.

Nos pareció que contenía los términos apropiados y, al mismo tiempo, sugestivos, para propiciar una meditación sociológica sobre el amor. Ellos reflejan contigüidad y tensión. Cada uno por su lado expresa diversos sentidos. Las afinidades: temperaturas de la pasión. Lo electivo: preferencias de la razón. Y enunciados conectivamente representan la dinámica del amor, claro está que entre las formaciones sociales más difundidas que son predominantemente homogámicas. Las afinidades electivas querrían decir que hay amplia libertad para la selección de la pareja, siempre que ella se realice entre *afines*, esto es, al interior de un determinado estrato social. El connubio o la nupcialidad entre personas provenientes de diferentes clases sociales, ya implicaría referirse a heterogeneidades (o desigualdades) electivas. Afinidad, elección: cada término pesa más según el grado de desarrollo económico; en las sociedades de desarrollo bajo o intermedio predomina el matrimonio entre similares, mientras que en las sociedades más desarrolladas existirían aperturas hacia el matrimonio morganático.<sup>27</sup>

Por su parte, el epígrafe escogido, “Con el número Dos nace la pena”, es el último endecasílabo del *Soneto del amor navegante* de Leopoldo Marechal. Diversas connotaciones de los números. El “uno” es el de los niños y quizás de solitarios empedernidos y corresponde a una instancia presocial. Con el número “dos”, con la pareja, el individuo se convierte en actor social: el número Dos como salida hacia la sociedad.

Pero hay una instancia en que la aritmética se transforma en una geometría del amor. El paso desde las díadas a las tríadas: espacios topológicos trazados por Simmel. Como se sabe, y alguien que leyó estas líneas me lo recordó, en materia de amor, en realidad, “Con el número Tres nace la pena”.

<sup>27</sup> Si bien el término *morganático* solía estar reservado a matrimonios entre distintos estratos de la nobleza, o entre monarcas y la “mera nobleza”, aquí lo usamos para referirnos, de un modo más general, a matrimonios entre desiguales.

Nuestra propuesta, que podría ser motivo de unas próximas notas, consistiría en que la sociología examine no solo las formas duales (la pareja, el matrimonio, el connubio), sino también las conformaciones geométricas del amor, desde las más evidentes (el triángulo, la infidelidad), hasta las menos perceptibles socialmente (el desamor).<sup>28</sup>

<sup>28</sup> En este sentido, nuestra propuesta apostaría a una relectura de Foucault, Bourdieu e Igor Caruso, pero, básicamente, de John Cheever y Raymond Carver.

*Concepción, Chile, febrero de 2007.*